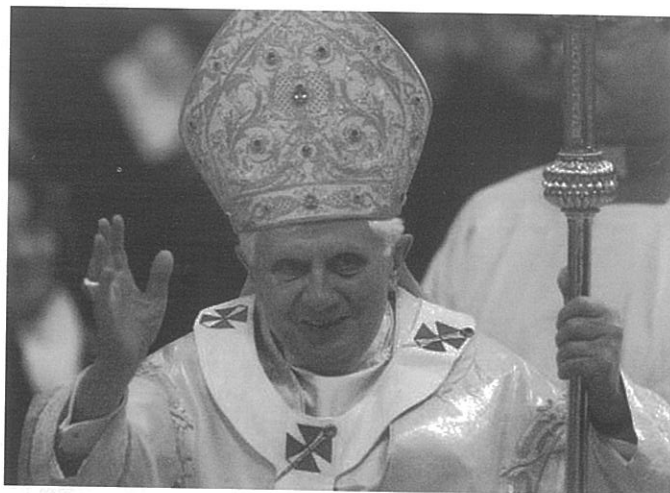


# Ahora que Benedicto XVI nos deja...

Juan Carlos Fernández  
www.juancarlosfernandez.es

Se me ocurre, ahora que Benedicto XVI ha tomado la difícil y sensata decisión de renunciar a su pontificado, que quizá la fama de conservador (retrógrado, para algunos) que le precedía no era para tanto. Que su condición intelectual, tan acreditada, no queda desvirtuada por mucho que se esfuercen quienes concentran toda la agudeza del papa en el episodio de la mula y el buey, leyendo sólo lo que interesa (los pocos que lo hayan leído) de un texto que supongo de más enjundia. Que no ocultó los casos de pederastia, antes bien pidió perdón, adoptó medidas e, incluso su tienen ustedes la curiosidad de visitar la web del Vaticano, comprobarán cómo hay un enlace bien visible en la primera página, rotulado Abusos contra menores. La respuesta de la Iglesia . Muchas organizaciones podrían ser tan claras con sus cosas.

Creo que pierden el tiempo quienes se empecinan en una labor sistemática de zapa, como si los pilares de una institución bimilenaria, sustentados en la trascendencia y no en la contingencia, fueran fáciles de derruir. Que quienes empujan desde la ciencia no desvirtúan las explicaciones últimas. Que quienes se pirran por hacerse la foto con curas heterodoxos en sus ideas o en el uso de las liturgias, para oponerlas a las vetustas doctrinas, dan en hueso. Sobre todo cuando a quienes tantas cosas aparentemente progresistas proclaman se les dan una higa la doctrina y las razones de una Iglesia a la que pertenece y sigue quien libremente quiere, sin imposiciones. Que aquellos que gustan de traer a colación la Inquisición, como si hogaño existiese y nos sojuzgase, miran para otro lado



cuando otras confesiones o religiones predicán e imponen leyes que no es que vayan contra los tiempos, sino que probablemente vayan contra la propia esencia de sus creencias. Por lo demás, nadie puede ignorar el proceso de puesta al día, el célebre *aggiornamento*, a raíz del Concilio Vaticano II. Otra cosa es pretender que unas creencias asentadas en una teología sólida tengan que ir con las modas.

Me parece que exageran quienes se desgañitan exigiendo la retirada de crucifijos de las aulas, mientras se admite con naturalidad que se difundan en éstas mensajes ideológicos al amparo de la libertad de cátedra. Exigen a voces una escuela laica, nada dicen de una escuela neutral. Repudian la enseñanza religiosa, admiten la ideológica, bien infiltrada, como si los padres no tuviesen derecho a que se respeten sus postulados en esta materia. Doctrina religiosa, no; ideología, a espuestas. Desde luego, aún está por demostrar la relación de causa-efecto entre la retirada de los crucifijos y el avance en los resultados del sistema educativo. En fin, cada cual piense como tenga por conveniente. En todo caso, son incontestables la influencia del cristianismo en la conformación de Europa y su valor como factor de cohesión social en Iberoamérica.

Se me ocurre que la labor social de la Iglesia, al hilo de la religiosa, es incomensurable. Y que las aguas de demagogia, que suelen andar desbordadas, sobre las riquezas de la curia y otras zarandajas, mueven pocos molinos. Me parece, en fin, que una institución que está conformada por personas puede tener todos los defectos que se quieran, pero cuando subsiste a lo largo de los siglos es porque influye, porque cala entre las gentes. Y eso merece mucho respeto, se sea creyente, agnóstico, ateo, escéptico, o lo que uno quiera ser.

De modo que doy por amortizados todos los debates, prospecciones, polémicas, análisis, dimes y diretes sobre el futuro Sumo Pontífice. No sé si cuando vean la luz estas líneas se conocerá su nombre. Ni si su perfil será conservador o reformista. O si será iberoamericano, o italiano, o negro . Me parece que lo que importa, sobre todo a quienes se declaran creyentes, es que transmita mensajes claros de esperanza. Al final, y sobre todo, el cristianismo habla de esperanza, según creo.